

**Guatemala de La Asunción:  
una semblanza histórica (1776-1944)**

Hasta donde sabemos, con la excepción de los realizados por Christopher Lutz sobre Santiago de Guatemala e Inge Langenberg sobre Guatemala de la Asunción desde su fundación hasta el período de la Independencia, no existen trabajos que se ocupen de la evolución urbana de la ciudad de Guatemala.<sup>1</sup> En 1948, Theodore Caplow escribió un pequeño ensayo, que por ocuparse de la problemática puede considerarse pionero, pero no despertó inquietud en otros estudiosos por continuar lo iniciado.<sup>2</sup> No es sino hasta ahora, con la publicación del trabajo intitulado "Desarrollo de la estructura espacial en la ciudad de Guatemala: desde su fundación hasta la Revolución de 1944", por Gisela Gellert, que se busca llenar tal vacío.<sup>3</sup> Analizando el trasfondo de factores económicos, políticos y sociales, en él se da seguimiento al crecimiento y cambios esenciales en la estructura espacial de la ciudad de Guatemala, especialmente a partir de su traslado al valle de la Ermita en 1776, con sus

---

Julio C. Pinto Soria es historiador guatemalteco y obtuvo un doctorado en la Universidad de Leipzig. Es investigador en el Centro de Estudios Urbanos y Regionales (CEUR) de la Universidad de San Carlos de Guatemala. El presente ensayo fue publicado anteriormente con el título de "Guatemala de la Asunción: una semblanza histórica", en Gisela Gellert y J. C. Pinto Soria, *Ciudad de Guatemala: dos estudios sobre su evolución urbana (1524-1950)*, Colección Estudios Universitarios 32 (Guatemala: Universidad de San Carlos de Guatemala, Editorial Universitaria, 1992), pp. 53-81. CIRMA agradece al CEUR el permiso concedido para publicarlo en *Mesoamérica*.

<sup>1</sup> Christopher H. Lutz, *Historia sociodemográfica de Santiago de Guatemala, 1541-1773*, Serie Monográfica 2 (Guatemala: Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica, 1982); e Inge Langenberg, *Urbanisation und Bevölkerungsstruktur der Stadt Guatemala in der ausgehenden Kolonialzeit* (Köln: Bohleau-Verlag, 1981). De este trabajo existe un resumen en español, "La estructura urbana y el cambio social en la ciudad de Guatemala a fines de la época colonial (1773-1824)", en *La sociedad colonial en Guatemala: estudios regionales y locales*, Stephen Webre, editor, Serie Monográfica 5 (Antigua Guatemala: Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica, 1989).

<sup>2</sup> *La ecología social de la ciudad de Guatemala* (Guatemala: Editorial "José de Pineda Ibarra", Ministerio de Educación, 1966). Ultimamente han aparecido algunos trabajos que buscan retomar la problemática; véase, por ejemplo, Rodrigo Fernández y Mario Lungo Uclés, compiladores, *La estructuración de las capitales centroamericanas* (San José: EDUCA, 1988). Carol Smith se ha ocupado también con algunos aspectos históricos del sistema urbano del país; véase "El desarrollo de la primacía urbana, la dependencia en la exportación y la formación de clases en Guatemala", *Mesoamérica* 5 (1984): 195-278.

<sup>3</sup> En Gellert y Pinto Soria, *Ciudad de Guatemala: dos estudios*.

etapas más decisivas en la Independencia de 1821, las reformas liberales de 1871, para culminar con la Revolución de octubre de 1944.

La ciudad capital puede ser ventana que permite comprender la historia de un país; pero ella misma, su surgimiento y evolución, resulta incomprendible si desconocemos la del territorio del cual es cabeza dirigente. En las siguientes líneas señalaremos algunos aspectos en el desenvolvimiento de la ciudad de Guatemala, tomando como base las particularidades de la historia del país, principalmente a partir de 1821; es decir, el período de transición de la colonia a la Independencia donde el fenómeno de la agroexportación constituyó uno de los fundamentos en la implantación de una economía y sociedad de carácter neocolonial en Guatemala. Nuestra visión sobre la ciudad, sus modalidades y etapas de crecimiento, etcétera, descansa en lo esencial en el trabajo de Gellert, el cual sólo citaremos cuando lo consideremos imprescindible para evitar recargar el texto de notas.

### *Particularidades de una capital neocolonial*

Desde su fundación, la ciudad de Guatemala tuvo siempre importancia central al ser la capital del antiguo Reyno de Guatemala y, proclamada la Independencia, de la Federación Centroamericana hasta 1834, fecha en que se traslada el Distrito Federal a San Salvador. Surgida en las postrimerías de la dominación colonial, Guatemala de la Asunción fue una ciudad nueva que le tocó vivir un largo y confuso período de guerras civiles, cuyo resultado marcó su fisonomía y destino. Lo primero porque, recién fundada, la ciudad sólo pudo tener un crecimiento lento y discontinuo, adquiriendo con ello por largos años un aspecto caótico y desordenado; por ejemplo, edificios iniciados a finales del siglo XVIII sólo fueron concluidos cincuenta o más años después, como sucedió con el de la Universidad de San Carlos de Guatemala. Lo segundo, porque con el triunfo de los conservadores hacia 1840 arribó al poder el grupo más retrógrado de la clase dominante guatemalteca, lo que le imprimió su sello a la economía, la sociedad y al Estado y, por consiguiente, a la ciudad.

Con relativa estabilidad política y una vinculación más o menos intensiva con el mercado exterior, la mayor parte de países latinoamericanos conocen una activación de su economía ya alrededor de 1840.<sup>4</sup> Guatemala, debido al régimen político imperante hasta 1871 y al tipo de actividad agroexportadora que se forma con la grana, vivió esos procesos con un ritmo más lento. Cultivada por pequeños y medianos productores en la zona central del país — Antigua, Amatitlán, Villa Nueva—<sup>5</sup> fue éste un producto poco expansivo que tendió a fijar a la población en las áreas aledañas a la ciudad capital. Esta, además de lugar de crédito y comercialización para el colorante, constituía

<sup>4</sup> Tulio H. Donghi, *Historia contemporánea de América Latina* (Madrid: El Libro de Bolsillo Alianza Editorial, 1977).

<sup>5</sup> Arthur Morelet, *Viaje a América Central (Yucatán y Guatemala)* (Guatemala: Academia de Geografía e Historia, 1990).

el asiento de un gobierno central que no utilizaba mayor infraestructura administrativa por descansar en el apoyo de la Iglesia y en un poder personal dictatorial, Rafael Carrera, quien, según Morelet, personificaba entonces, “la fuerza material del Estado”.<sup>6</sup>

Hacia 1850, la ciudad de Guatemala contaba con no más de cincuenta mil habitantes, distribuidos en media docena de barrios especializados en determinadas actividades artesanales, a los que la fuerte presencia de la Iglesia hacía aparecer como “un vasto convento y las casas otras tantas celdas”.<sup>7</sup> La ciudad conservaba entonces casi intactas sus características coloniales de centro de control político y administrativo, residencia de una élite con mentalidad feudal que Morelet retrata muy bien:

La clase rica se compone de negociantes parsimoniosos, mesurados, circunspectos, poco deseosos de conocer las cosas nuevas, que pasan la mayor parte del día al lado del mostrador y se aíslan en seguida para ojear un periódico y calcular las ventas. No les gusta gastar; cifran sus goces en el aumento de su capital, temiendo por otra parte todo lo que pueda turbar el régimen a que están acostumbrados.<sup>8</sup>

En esencia, se trata de un grupo social mercantil que vive del control de la economía —en este caso principalmente de la grana— y que busca el estatus social en el acaparamiento parasitario de la riqueza. En la ciudad, tal actitud se refleja en el monopolio del suelo urbano en la sección central —Barrio del Sagrario y Calle Real— donde construyen almacenes “y las casas solariegas, las que ostentaban armas heráldicas sobre las puertas”.<sup>9</sup> Este grupo solamente se aburguesa, se “moderniza”, en la medida en que la economía de agroexportación crea nexos más constantes y dinámicos, producto de una vinculación más intensiva con el mercado exterior. En estas condiciones, la europeización de la ciudad, en el sentido del predominio de actividades y funciones propias de una economía de mercado, fenómeno que se inicia desde los años 1930 y 1940 en otros países latinoamericanos, en Guatemala sólo se conoce a partir de 1871 con la expansión cafetalera, pero de todos modos sin grandes transformaciones urbanas, tal y como se destaca en el trabajo de Gellert.

---

<sup>6</sup> “Fui llevado directamente al palacio arzobispal, en donde presenté mis respetos al jefe de la Iglesia en aquel país. Consideré asunto de vital importancia tomar esa cortesía con el arzobispo, porque en ese país católico el poder de la Iglesia es casi igual al de la administración civil y militar”; Elisha Oscar Crosby, “Guatemala en la diplomacia de la guerra civil norteamericana”, *Revista de Antropología e Historia de Guatemala*, época 2 (1979): 1: 231. Se trata de las memorias de Crosby sobre su estancia en Guatemala como representante diplomático del gobierno norteamericano, de 1861 a 1864; y Morelet, *Viaje a América Central*, pág. 305.

<sup>7</sup> Ramón A. Salazar, *Tiempo viejo* (Guatemala: Ministerio de Educación Pública, 1957), pp. 97-98; y Morelet, *Viaje a América Central*, pág. 310.

<sup>8</sup> *Viaje a América Central*, pág. 309.

<sup>9</sup> Salazar, *Tiempo viejo*, pág. 98.

Hasta 1859 que se construyó el Teatro de Carrera, las principales diversiones eran juegos de naipes, peleas de gallos y corridas de toros, estas últimas celebradas en tiempo de verano. Se trataba así, según las descripciones que conocemos, de una ciudad monótona, con un persistente tono de tristeza: “pero si el ruido de los carruajes y el movimiento de la circulación no turban la quietud de los habitantes, en cambio ensordece los oídos el sonido melancólico de las campanas que se propaga de convento en convento y de iglesia en iglesia durante todo el día”.<sup>10</sup>

Con motivo de un triunfo militar obtenido por Rafael Carrera sobre El Salvador en 1863, la ciudad de Guatemala vivió a finales de ese año cuatro días de celebraciones que muestran aspectos interesantes de la vida urbana y régimen político de la época. Las festividades se iniciaron con un gran recibimiento a Carrera y su ejército, organizado a partir del actual parque Gómez Carrillo, que constituía prácticamente el límite sur de la ciudad. En este lugar —antes plaza de San Francisco y con el triunfo contra El Salvador bautizada con el de la Victoria— el ayuntamiento levantó un arco triunfal que debía abrir el desfile militar a lo largo de la actual sexta avenida, entonces Calle Real, “la principal y más hermosa de la ciudad”.<sup>11</sup> Dispuesto por el ayuntamiento, el desfile lo encabezaban las autoridades indígenas del departamento de Guatemala, “con sus músicas y sus insignias”, y culminaba en la plaza mayor, cuyos principales edificios fueron adornados con “colgaduras, banderolas y guirnaldas de flores”.<sup>12</sup> Los cajones del mercado, “series de barracas, de la apariencia más miserable”, habían sido evacuados con anterioridad de la plaza mayor a la del Sagrario, lugar donde se construiría pocos años después, bajo el gobierno de Vicente Cerna, el nuevo edificio del mercado.<sup>13</sup>

Carrera y su ejército hicieron su entrada a la plaza mayor, donde la familia Aycinena —principal sostén del régimen— había erigido otro arco del triunfo. Después de celebrarse un *Te Deum* en la catedral, se ofreció en el palacio de gobierno un gran banquete, encabezado por Carrera, el arzobispo, altas autoridades y delegados extranjeros. A ese concurrieron cerca de “cuatrocientas personas, que representaban la parte del vecindario de la capital más distinguida por su posición, por su inteligencia, por su fortuna y por sus relaciones”; es decir, la minoría dominante de entonces, compuesta aproximadamente de cincuenta familias.<sup>14</sup> De los brindis sobresalió el del representante de Napoleón III de Francia, hombre de “tan justa y merecida popularidad en Guatemala”, muy próximo a Carrera y a la oligarquía

<sup>10</sup> Morelet, *Viaje a América Central*, pág. 304.

<sup>11</sup> *Relación de las fiestas con que se celebró, en los días 29 y 30 de noviembre, 1 y 2 de diciembre, el regreso a la capital del excelentísimo señor presidente y de las fuerzas expedicionarias* (Guatemala: Imprenta de la Paz, 1864), pág. 7.

<sup>12</sup> *Relación de las fiestas*, pág. 8.

<sup>13</sup> Morelet, *Viaje a América Central*, pág. 297.

<sup>14</sup> *Relación de las fiestas*, pág. 12.

guatemalteca que, según el representante norteamericano Crosby, no sólo había visto con buenos ojos sino hasta apoyado la invasión francesa a México.<sup>15</sup>

Acompañada de fuegos artificiales y de una corrida de toros, la ciudad estuvo iluminada por cuatro días. Aunque poco concurrida por el mal tiempo, las festividades culminaron con una función lírica en el Teatro de Carrera:

se cantó un himno marcial en honor del presidente, cuyo busto, descansando sobre un pedestal adornado con pabellones y trofeos militares, aparecía al principio de la escena oculto tras el escudo de armas de la república, que sostenían dos genios que figuraban estar suspendidos en el aire. En el momento en que se cantaban ciertas palabras del himno, los genios levantaron el escudo y descubierto el busto, fue coronado por la prima donna señorita Speranza.<sup>16</sup>

Se trató tal vez de una de las fiestas más fastuosas celebradas en ese tiempo, cuando el régimen se encontraba en su clímax y al mismo tiempo se aproximaba a su fin, con la muerte del caudillo que ocurriría dos años después.

Las anteriores festividades constituyeron algo extraordinario en la vida de la ciudad que, según Morelet, sólo cobraba vida con la presencia de su población trabajadora, principalmente de la indígena al bajar de sus pueblos para abastecerla.<sup>17</sup> Cuatro décadas después, en 1882, el sueco Gustaf August Eisen repetiría casi literalmente el mismo juicio:

De día las calles están llenas de artesanos, "criadas", trabajadores y mozos, sin olvidar la gran cantidad de indígenas que llegan a la capital de todos los rincones del país a vender sus productos, sombreros y cántaros de barro. Sin esta corriente de provincianos Guatemala habría muerto, porque los más distinguidos habitantes no se ven por las calles antes de las cuatro de la tarde.<sup>18</sup>

Una de las pocas diversiones era la feria de Jocotenango, de origen netamente popular y utilizada también por la élite para realizar sobre todo transacciones ganaderas; se celebraba desde los tiempos de la colonia y constituía uno de esos momentos en que la ciudad salía de su monotonía: "feria y carreras, atraen un gran concurso de gente de todas las clases y condiciones ... y todo eso da a la ciudad, por lo regular tan triste y silenciosa, una momentánea apariencia de vida y movimiento del todo desconocidos".<sup>19</sup> Las otras festividades que

---

<sup>15</sup> Sobre el brindis, véase *Relación de las fiestas*, pág. 14. La intervención francesa en México se dio de principios de 1862 a 1867, precisamente durante la estancia de Crosby en Guatemala; Crosby, "Guatemala en la diplomacia de la guerra civil norteamericana", pág. 236.

<sup>16</sup> *Relación de las fiestas*, pp. 15-16.

<sup>17</sup> *Viaje a América Central*, pág. 304.

<sup>18</sup> Gustav August Eisen, "Un viaje por Guatemala (primera parte)", *Mesoamérica* 11 (1986): 165.

<sup>19</sup> Tommaso Caivano, *Guatemala, América Central* (Florenia: Tipografía de Salvador Landi, 1895), pág. 179.

surgieron ya en el siglo XX, las Fiestas de Minerva de Estrada Cabrera y las de noviembre celebradas en tiempos de Ubico en el Hipódromo del Sur, fueron creadas para satisfacer las ansias de grandeza de esos dictadores y no buscaban otra cosa más que el perpetuamiento en el poder a través del servilismo y el envilecimiento de la población.

En realidad, debido a la suma pobreza de su población trabajadora y al permanente clima político dictatorial, Guatemala no podía ofrecer otra imagen que la de una ciudad triste. Las descripciones se refieren siempre a esta característica de la ciudad y la vinculan en parte con el aspecto uniforme que adquiriría con sus casas construidas de un solo piso por el temor sísmico, donde las innumerables iglesias y conventos —veintiséis iglesias y doce conventos hacia 1858— contribuían sin duda a acentuar la semblanza gris y monótona que impresionó a los viajeros del siglo XIX y que Ramón A. Salazar pinta muy bien con su acostumbrado toque crítico anticonservador.<sup>20</sup> Reflejo de una economía poco comercializada, la ciudad no podía ofrecer otro aspecto, y el dinamismo de otros centros como Buenos Aires, Montevideo, etcétera se debía a la existencia de una industria local con actividades económicas urbanas y a una fuerte migración proveniente del extranjero.<sup>21</sup>

Al contrario de otros países, en Guatemala el inmigrante enfrentó fuertes dificultades:

La capital de Guatemala es tan poco conocida, que el viajero no puede permitirse olvidar su descripción; he visto a europeos desgraciados vegetar en ella muy tristemente, después de haber disipado sus recursos con los gastos de un inmenso viaje: seducidos por exageradas relaciones, habían creído poseer un tesoro en su industria, ilusión que debía hacer desaparecer una sola mirada dirigida a la ciudad.<sup>22</sup>

Con el movimiento liberal de 1871 esta situación no cambió significativamente. Para aquellas personas procedentes de lugares como Estados Unidos de América, ante todo obreros y pequeños empresarios, el régimen político dictatorial del país resultaba insoportable, independientemente de que no se encontraban condiciones propicias para incorporarse o desarrollar la economía de mercado que les era familiar.<sup>23</sup>

---

<sup>20</sup> Ramón A. Salazar, *Guía de forasteros en Guatemala para el año 1858* (Guatemala: Imprenta de la Paz en el Palacio del Gobierno, 1858); y Salazar, *Tiempo viejo*, pág. 53 y ss.

<sup>21</sup> Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, pág. 220 y ss.

<sup>22</sup> Morelet, *Viaje a América Central*, pág. 295.

<sup>23</sup> Según Caivano, el principal impedimento que encontraba el inmigrante para radicarse en Guatemala era: "La absoluta falta de garantías especiales para el inmigrante; de aquellas garantías tan necesarias e indispensables para verse libre de las muchas vejaciones y de los muchos actos arbitrarios, de que ciudadanos y extranjeros son tan a menudo víctimas ... en ningún otro país del mundo, por poco civilizado que fuera, se atrevería un gobierno a llevar a cabo semejantes actos de despotismo; pero Guatemala está tan acostumbrada ya a la tiranía, que hasta el más infeliz tiranuelo puede impunemente permitirse todo lo que se le antoje"; Caivano, *Guatemala, América Central*, pp. 253-257. Un autor señala, entre otros, los siguientes factores como obstáculo para el establecimiento de población extranjera

Es interesante el caso de 340 familias europeas de bajos recursos, que emigraron al país en 1878 y que no pudieron establecerse como pequeños empresarios en el campo o en la ciudad, ni siquiera como simples obreros:<sup>24</sup>

Eran unos doscientos inmigrantes, todos del Tirol austriaco, cuyas poblaciones, como es muy sabido, se componen en su gran mayoría de gente muy apta para el trabajo, llena de buena voluntad y sin muchas exigencias. Pues bien, algunos murieron tristemente, víctimas de las fiebres tomadas en el puerto de desembarque sobre el Atlántico o de las penalidades de los largos y repetidos viajes de una aldea a otra, de una finca a otra en busca de trabajo, y finalmente hasta la capital, y los otros, después de muchos meses de una existencia llena de sufrimientos y privaciones, sin poder encontrar nunca trabajo durable y medianamente retribuido, que les proporcionara los medios necesarios de subsistencia, fueron por fin vueltos a la patria por cuenta de su propio gobierno.<sup>25</sup>

Según Caivano, además del clima dictatorial, otra causa que impedía el establecimiento de inmigrantes en Guatemala era que no encontraban ningún apoyo por parte de las autoridades liberales, como sucedió especialmente con las anteriores familias europeas.<sup>26</sup>

El inmigrante alemán fue un caso diferente; contaba con capitales suficientes y la economía cafetalera tenía alguna similitud con su tradición de gran empresario agrícola tipo *junker*.<sup>27</sup> El clima político imperante en Guatemala era también similar al de su país y le aseguraba, como a la élite local, un estatus social privilegiado al disponer de las ventajas decisivas para el éxito económico: abundante mano de obra barata y tierras prácticamente regaladas.<sup>28</sup> Empero, por lo demás, la inmigración extranjera en el siglo XIX no tuvo mayor trascendencia, y no se asentó en la capital sino principalmente

---

en Guatemala: "1) una estructura política interna, la cual, según se quejaba el ministro de Estados Unidos, le era repugnante al norteamericano ordinario; 2) una economía que ofrecía poco futuro al pequeño agricultor; 3) salarios bajos como resultado de la abundancia de mano de obra barata"; David McCreery, *Desarrollo económico y política nacional: el Ministerio de Fomento de Guatemala, 1871-1885*, Serie Monográfica 1 (Guatemala: Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica, 1981), pág. 122.

<sup>24</sup> McCreery, *Desarrollo económico y política nacional*, pág. 119 y ss.

<sup>25</sup> Caivano, *Guatemala, América Central*, pp. 268-269.

<sup>26</sup> "El país no está de ninguna manera preparado para recibir a verdaderos inmigrantes, fueran muchos o pocos, porque no ha tomado nunca ninguna medida, y nada tiene listo, ni de lo más indispensable, para eso: ni la más miserable choza para hospedar a los inmigrantes en los puertos de arribo; ni los necesarios medios de transporte para trasladarlos hasta las lejanas fincas donde pudieran encontrar trabajo; ni el más insignificante auxilio hasta el momento de encontrar una ocupación cualquiera"; Caivano, *Guatemala, América Central*, pág. 263.

<sup>27</sup> Julio César Pinto Soria, "La agricultura de exportación en Guatemala: un acercamiento histórico", *Estudios, Revista de Antropología, Arqueología e Historia*, época 3 (1989): 3: 48-64.

<sup>28</sup> Julio Castellanos Cambranes, *El imperialismo alemán en Guatemala* (Guatemala: Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, Universidad de San Carlos de Guatemala, 1977).

en las zonas cafetaleras, como sucedió con los alemanes en la Verapaz.<sup>29</sup> En otras palabras, los factores determinantes en el desarrollo de la ciudad de la época: presencia de una economía en expansión, incremento de la población, creciente valorización del suelo urbano y otros, fueron débiles o inexistentes en Guatemala por largo tiempo.

Al interior del país la ciudad tampoco constituyó, por lo menos hasta mediados del presente siglo, un centro de atracción para movimientos de población, en general, debido al poco dinamismo de las actividades productivas, pero también por características propias de la sociedad guatemalteca. Una de las ventajas con que contó la ciudad desde su fundación, fue encontrarse rodeada de numerosos pueblos indígenas que la abastecían con víveres, mano de obra y otros productos:

El espectáculo más interesante que me ha ofrecido Guatemala, fue el de la plaza pública, a la que los indígenas que contribuyen especialmente a proveer el mercado, afluyen de todos los puntos circunvecinos. Del norte viene el carbón, la madera de pino, los frutos que dan su nombre a la aldea de Jocotenango; los vasos de barro llevados en redes por las mujeres de Chinautla que suben todas las mañanas con el peso de esta incómoda carga, la escarpadura que separa su aldea de la meseta, del sur llevan la leche, los frutos y hortalizas de los climas templados, del este, las producciones de la zona tropical, los peces del lago de Amatitlán, el azúcar y el algodón de la costa.<sup>30</sup>

Los indígenas de occidente proveían a la ciudad con trigo, textiles, etcétera.<sup>31</sup>

El abastecimiento a la ciudad fue uno de los mecanismos que utilizó la dominación colonial para que esta pudiera subsistir;<sup>32</sup> forzado en sus orígenes, con el tiempo se convirtió en un fenómeno natural que le permitió al indígena intercambiar productos que completaban su economía y le ayudaban a sobrellevar la existencia. Sin embargo, a no ser aquella que se consideró indispensable para actividades artesanales y que por ello se obligó a permanecer en ella, la población indígena no se integró a la ciudad, ya que retornó siempre —en forma de movimiento de péndulo— a la comunidad de origen localizada en un lugar relativamente cercano. Así, la estadía en la ciudad se reduce al mínimo, uno o dos días, donde se pernocta a la intemperie o se utiliza a lo sumo el mesón de la época, “verdadero parador oriental, dividido en cuartitos oscuros, decrepitos, fétidos, infestados de pulgas y niguas, ordinario alojamiento de los mercaderes indígenas”.<sup>33</sup> Con la agroexportación cafetalera esta situación no

<sup>29</sup> Adrian Rösch, *Allerlei aus der Alta Verapaz: Bilder aus dem deutschen Leben in Guatemala, 1868-1930* (Stuttgart: Ausland und Heimat Verlag, 1934).

<sup>30</sup> Morelet, *Viaje a América Central*, pp. 304-305.

<sup>31</sup> Morelet, *Viaje a América Central*, pág. 305.

<sup>32</sup> Julio César Pinto Soria, *El valle central de Guatemala (1524-1821): un análisis acerca del origen histórico-económico del regionalismo en Centroamérica* (Guatemala: Editorial Universitaria, 1988).

<sup>33</sup> Morelet, *Viaje a América Central*, pág. 313.

cambió gran cosa, ya que los movimientos de población trabajadora —indígena o mestiza— son por lo regular del lugar de origen a la finca y viceversa, y no hacia la ciudad. Aun en casos de extrema pobreza rural, el indígena siempre ha sido reacio a abandonar su comunidad debido a los profundos vínculos socioculturales que lo atan a ella; la ciudad, por su lado, no le ha ofrecido nunca ninguna perspectiva de mejoría económica, pero sí de discriminación racial. Uno de los viajeros se percató de este fenómeno: “al indio ... hay que irlo a buscar en sus miserables chozas de los suburbios para apercibirse de su presencia, no hay de ninguna manera que tomarlo en cuenta como elemento de vida social”.<sup>34</sup> Los índices de población indígena en el total de la ciudad confirman esta tendencia: en 1893, el 8.5 por ciento de la población de la capital fue clasificada como indígena; en 1921, tal porcentaje descendió al 7.0 por ciento.<sup>35</sup> El censo nacional de 1964, que registra uno de los períodos con mayor movimiento hacia la ciudad, sólo menciona a un 5.4 por ciento como migrantes indígenas.<sup>36</sup>

Cuando se revisa la historia de Guatemala, no resaltan los grandes momentos de cambio o ruptura; los que se han dado, como el movimiento liberal de 1871, sólo han significado, al final de cuentas, un acomodamiento de la vieja matriz colonial a las nuevas exigencias de la época. Sin embargo, con el aparecimiento de la agroexportación cafetalera, que vivificó las actividades económicas e introdujo cambios en el régimen político, la ciudad de Guatemala conoció sus primeras transformaciones importantes después de la Independencia, analizadas en el trabajo de Gellert como primera fase de urbanización.

Según el Directorio de 1894, “un soplo de vida” había animado el crecimiento de la ciudad desde 1871, crecimiento que tuvo efecto sobre todo hacia el sur y el este, no sólo por la limitación natural que presentaba al norte el sistema de barrancos, sino porque las actividades económicas y comerciales del país se desarrollaban en tal dirección.<sup>37</sup> En 1847, por ejemplo, Morelet confrontó la intensiva vida comercial de la ciudad de Amatitlán a través de la grana, con el virtual estancamiento de la capital, donde no encontró un solo hospedaje.<sup>38</sup> La tendencia de crecimiento hacia el sur se impondría definitivamente con el cultivo del café, cuyo epicentro se localizó en la bocacosta del Pacífico. Por otro lado, desde mediados del siglo, con

---

<sup>34</sup> Caivano, *Guatemala, América Central*, pág. 153.

<sup>35</sup> Caplow, *La ecología social de la ciudad de Guatemala*, pág. 48.

<sup>36</sup> Willian J. Demarest y Benjamin D. Paul, *Migrantes indígenas en la ciudad de Guatemala* (Guatemala: Ministerio de Educación, 1984), pág. 13.

<sup>37</sup> *Primer directorio de la capital y guía general de la República de Guatemala* (Guatemala: Tipografía Sánchez & de Guise, 1894).

<sup>38</sup> “Amatitlán es una ciudad demasiado moderna, construida además con mucha rapidez para que pueda ofrecer ningún monumento notable ... pero sorprende al viajero por la importancia de los intereses que en ella se agitan y por un movimiento industrial que contrasta con la apatía de las demás ciudades de la república, sin exceptuar la capital. Observé sorprendido que las calles tenían nombre, las casas números y que existían cafés y hasta billares”; *Viaje a América Central*, pág. 326.

el descubrimiento del oro californiano y la consiguiente intensificación de la navegación a vapor en el litoral Pacífico, Guatemala había empezado a usar este lado como ruta de contacto con el exterior, y ya no el largo y dificultoso trayecto hacia los puertos del Atlántico o Belice.<sup>39</sup> Al abandonar la ciudad, tomando el antiguo camino hacia Amatitlán, Morelet fue uno de los primeros en utilizar la ruta del Pacífico que describió, a partir del antiguo Calvario localizado en la 18 calle, como “una llanura, inculta, monótona[,] salpicada de matorrales y cubierta de una yerba coriácea que amarillea a los primeros calores”.<sup>40</sup> En esa dirección se formaría después, con la intensificación de la agroexportación cafetalera, el eje comercial conocido hoy como Avenida Bolívar que conectaba con el puerto de San José en el Pacífico, ruta que utilizó ya el representante norteamericano Crosby en 1861 para llegar a la ciudad capital.<sup>41</sup>

La expansión de la ciudad se dio en realidad a partir de la década de 1880, con la absorción de áreas periféricas dedicadas hasta entonces a pastizales y otras actividades agrícolas. Producto de primeras migraciones, o trasladada a ella en forma forzosa para efectuar los trabajos que requería el proyecto liberal de reformas, hubo un incremento de población que se buscó concentrar en esos lugares. Así fue como el Estado compró “El potrero de Bolaños” que dio lugar al cantón la Paz, hoy zona 8; con iguales fines se llevó a cabo la urbanización de los “LLanos del Hospital San Juan de Dios”, lo que después sería el cantón Elena, hoy parte de la zona 3. Lotificaciones similares para sectores medios y pobres fueron los cantones Barrios y Barillas, actual zona 3.<sup>42</sup> En comparación con el período de Carrera, la ciudad sí había vivido cambios:

Con posteridad al año de 1885 se han abierto algunas nuevas calles y prolongado otras muchas con el fin de dar más comodidad al tráfico. Entre las calles nuevamente abiertas, se enumeran todas las que comprenden el Cantón “La Exposición”, por el cual se toma ahora para dirigirse al Hospital Militar y a los pueblos situados al sureste; todas las que comunican el Guarda Viejo con el “Cantón Barillas”, creado en el referido año de 1885.<sup>43</sup>

Otro índice que permite medir los cambios ocurridos es el número de escuelas, que en 1870 no pasaba de diez en total,<sup>44</sup> en 1894 eran 24 escuelas primarias

<sup>39</sup> Con respecto a la navegación en el litoral Pacífico, véase Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, pág. 207 y ss.; y con relación a los puertos del Atlántico y Belice, véase Morelet, *Viaje a América Central*, pág. 315.

<sup>40</sup> “Me disponía yo también a tomar la dirección del océano Pacífico, a pesar del parecer de mis amigos que se creyeron obligados a combatir este proyecto. El sur inspira efectivamente un vivo sentimiento de aprensión a los habitantes de la meseta superior: ‘Se va, pero no se vuelve’, me decían siempre”; Morelet, *Viaje a América Central*, pág. 323.

<sup>41</sup> Crosby, “Guatemala en la diplomacia de la guerra civil norteamericana”, pp. 226–227.

<sup>42</sup> Gellert, *Desarrollo de la estructura espacial de la ciudad de Guatemala*.

<sup>43</sup> *Primer directorio de la capital*, pp. 556–557.

<sup>44</sup> *Memoria y estados con que dio cuenta a la municipalidad, su secretario don Manuel*

públicas y 31 privadas, además de los nuevos centros de enseñanza secundaria como el Instituto Nacional Central para Varones, la Escuela Normal Central para Señoritas y otros centros educativos.<sup>45</sup>

Como se señala en el trabajo de Gellert, el asentamiento de la nueva población en barrios periféricos no presentó a los gobiernos liberales mayor dificultad, ya que la ciudad había sido fundada con suficiente reserva de tierras, lo que permitió a la vez que la zona central conservara su estatus privilegiado como lugar de residencia del grupo dominante. Se trataba también de los tiempos de Reyna Barrios, cuando la economía cafetalera vivía momentos de auge, y el dictador liberal tuvo oportunidad de emprender algunos de sus proyectos para embellecer la ciudad al estilo europeo: "Hacia el sur, se ha ensanchado y embellecido la ciudad con la Avenida del 30 de junio y con la creación del parque 'La Reforma'; el cual, cuando esté concluido, será el paseo favorito de los habitantes de la capital".<sup>46</sup> De esa manera se inició un proceso de suburbanización que abarcó más de medio siglo, dirigido por el Estado y los grupos pudientes dentro del proyecto de expansión de la ciudad, y que fue privilegiado con áreas jardinizadas al estilo europeo, infraestructura de servicios, centros comerciales de lujo, etcétera, lo que trajo como consecuencia una alta valorización del suelo en el sector. Hacia mediados del presente siglo, este lugar se convertiría en el nuevo lugar de residencia de la élite, es decir, lo que hoy comprende las zonas 10, 13, 14, 15 y otras.

El directorio de 1894 es rico en información sobre el desarrollo urbano de la época, pero también es un panegírico liberal que refleja a cabalidad las aberraciones y el extranjerismo de la élite; por ejemplo, al describir el paisaje del país:

Su cielo azul, límpido y despejado en el verano, dorado por los últimos rayos del sol poniente, nos recuerda el cielo bellissimo de Nápoles, y plomizo y sombrío en las frías mañanas de invierno, tráenos a la imaginación el cielo nebuloso de los pueblos situados a orillas del mar del Norte.<sup>47</sup>

Igual cosa sucede cuando se habla de su población:

La mayoría de la población pertenece a la raza americana; pero entre las mujeres hay algunas rubias, de delgado y flexible talle y color pálido de azucena, cuyos ojos azul oscuro, como las dormidas ondas de los lagos, nos hacen soñar con las espirituales ondinas de Heine.<sup>48</sup>

---

José Beteta en la primera sesión del mes de enero de 1871 (Guatemala: Imprenta de la Paz, 1871), pp. 12-14.

<sup>45</sup> *Primer directorio de la capital*, pp. 449-450.

<sup>46</sup> Sobre el auge cafetalero, véase Sanford A. Mosk, *La economía cafetalera de Guatemala durante el período 1850-1918*, en *Economía de Guatemala 1750-1940: antología de lecturas y materiales*, 2 tomos, Jorge Luján Muñoz, editor (Guatemala: Universidad de San Carlos de Guatemala, 1980), I: 347-366. La cita proviene de *Primer directorio de la capital*, pág. 549.

<sup>47</sup> *Primer directorio de la capital*, pág. 546.

<sup>48</sup> *Primer directorio de la capital*, pág. 553.

Según el directorio, a diferencia de Londres o París, Guatemala era una ciudad que no conocía la miseria:

A los estanques concurren constantemente, como bandada de alegres pájaros, infinidad de rosagantes muchachas con su cántaro de barro cocido suelto en la cabeza y el semblante sonriente, satisfecho y lleno de orgullo, como si supiesen que en otro tiempo desempeñaban ese oficio las mismas hijas de los reyes.<sup>49</sup>

En realidad, la descripción sólo presentaba el lado de la medalla de una oligarquía alienada y racista —¡Justo Rufino Barrios llegó a asegurar que 20,000 familias indígenas no valían lo que 100 extranjeras!— que carente de creatividad, vivía de la imitación de estilos y gustos extranjeros.

Los viajeros de esos años presentan otro cuadro de la ciudad, construida desde el principio con graves limitaciones en su red de servicios públicos que a la fecha todavía no se habían resuelto, como el desecho de basura y el suministro y drenaje de agua. En 1883, por ejemplo, el gobierno reconoció “que las malas condiciones del agua que en la capital se consume, influyen desfavorablemente en la salubridad pública, siendo causa de muchas enfermedades”, lo que se pensaba corregir, “suministrando un líquido que llegara filtrado y decantado ... y suplantando las cañerías de barro por otras de hierro”.<sup>50</sup> Debido a que la parte central de la ciudad se encontraba en una parte alta, que por gravedad permitía la eliminación de las aguas hacia los barrancos vecinos, no hubo mayor preocupación por construir o mejorar el sistema de alcantarillado, y las calles simplemente fueron construidas con una cuneta en medio para facilitar el desagüe superficial, como lo comprobó Eisen en 1882:

Las calles de Guatemala son rectas y angostas, feamente adoquinadas o empedradas de forma que en el centro son más profundas, dando la impresión de ser grandes cunetas. Cuando hay una tormenta, se llenan de agua como arroyos y se hacen imposibles de transitar.<sup>51</sup>

Al igual que con el abastecimiento de agua, en 1883 se dispuso superar esa situación a través de un contrato con un particular que se comprometía a construir:

diez mil varas lineales de acueducto subterráneo, para desagües, ... Y de igual modo ... a empedrar las calles que no lo estuvieren, y a renovar el empedrado de todas las demás que abraza el cuadro de la ciudad, comprendido entre la primera calle y la 18, y la primera avenida y 12 avenidas.<sup>52</sup>

<sup>49</sup> *Primer directorio de la capital*, pág. 551.

<sup>50</sup> *Secretaría de Fomento: contrato celebrado con don Roderico Toledo, para la administración y mejora del ramo de aguas en la capital* (Guatemala: Tipografía “El Progreso”, 12 de julio de 1883).

<sup>51</sup> Eisen, “Un viaje por Guatemala (primera parte)”, pág. 164.

<sup>52</sup> *Secretaría de Fomento: contrato celebrado con don Roderico Toledo*.

Empero, el proyecto, con un costo de un millón de pesos, no se llevaría a cabo entonces sino hasta bien entrado este siglo. En 1894, la municipalidad vuelve a referirse a los agudos problemas de salubridad que enfrentaba la ciudad por la ausencia de un adecuado sistema de alcantarillado, lo que también confirma Caivano:<sup>53</sup>

Durante la época colonial se construyeron unas pequeñas alcantarillas en las calles principales de la ciudad; pero, además de ser limitadas a muy pocas calles, mal construidas como fueron en su origen, y muy descuidadas como han sido después, se han convertido desde muchísimos años ha, en verdaderos receptáculos de inmundicias; siendo así que sería muy deseable que no existieran absolutamente.<sup>54</sup>

Sin un sistema apropiado de desagüe, los estancamientos de aguas convertían algunos sectores de la ciudad en verdaderos pantanos:

La detención de las aguas pluviales en el lugar llamado "Laguna del Hospital", suele ocasionar los graves daños que acarrear generalmente los pantanos. Para prevenirlos, se ordenó al juez de policía procediera a la limpia y compostura del desagüe respectivo y que construyese un puente para dar libre paso a los vecinos.<sup>55</sup>

En otra memoria de la municipalidad de 1871 se informaba algo similar:

En la esquina sudoeste del Convento de Capuchinas, se detenían las avenidas del invierno, y el cieno se depositaba en toda aquella cuadra dejándola intransitable. Antes de entablarse las lluvias, se acordó y llevó a cabo aquella compostura dejando libre el paso de las aguas, como se había hecho en la esquina de Belén en que se notaba el mismo inconveniente.<sup>56</sup>

Más adelante se agregaba que el mismo trabajo de limpieza se había tenido que realizar en las calles y avenidas adyacentes a las plazuelas de San Sebastián, Santa Catarina, Guadalupe y La Habana, "cuidando de terraplenarlas y de dar curso a las aguas estancadas".<sup>57</sup> El propio centro de la ciudad no estaba libre de tales problemas, ya que las inundaciones volvían intransitables las calles y para poder atravesarlas había que utilizar puentes movedizos de madera; en este sentido fue famosa la calle de los "tres puentes", actual trece calle donde a

---

<sup>53</sup> "Mucho tiempo hace que la prensa y el público llaman la atención sobre la necesidad que hay de mejorar los albañales de esta capital, y todos sabemos que a esos focos de infección se debe en gran parte el desarrollo que desde luego toman aquí las epidemias que con frecuencia nos viene a diezmar la población, y que en eso consiste también el que la salubridad pública sea tan poco satisfactoria"; citado en Caivano, *Guatemala, América Central*, pp. 142-143.

<sup>54</sup> Caivano, *Guatemala, América Central*, pp. 138-139.

<sup>55</sup> *Memoria y estados con que dio cuenta el secretario de la municipalidad de Guatemala, don José Martínez, de los trabajos de la Corporación durante el año 1879* (Guatemala: Imprenta de Taracena e Hijos, 1880), pág. 29.

<sup>56</sup> *Memoria y estados con que dio cuenta a la municipalidad, su secretario don Manuel José Beteta en la primera sesión del mes de enero de 1871*, pág. 29.

<sup>57</sup> *Memoria y estados*, 1871.

partir de la séptima avenida hacia el oriente se tenían que colocar tres puentes de madera.<sup>58</sup> Este tipo de puentes se mencionan todavía bien entrado el siglo XX.<sup>59</sup>

Otro aspecto a que hacen referencia los viajeros, es el alto índice de miseria urbana. Tomás Caivano menciona las “chozas de los indios de los alrededores”.<sup>60</sup> Eisen, al igual que Morelet cincuenta años atrás, también retrata ese lado de la ciudad, principalmente la situación de los indígenas:

Se les ve aparecer por la tarde por todos los costados de la ciudad con sus espaldas cargadas de bultos cubiertos por una red. Esos fardos van llenos de verduras y cebollas, también llevan vasijas de barro atadas por fuera de la red en tal cantidad que la cubren totalmente. Los hombres caminan adelante y las mujeres los siguen, a menudo cargando sus bultos en la cabeza y con algún niño colgando de sus espaldas en un lienzo que llevan atado al pecho.<sup>61</sup>

En otro lugar Eisen nos dice: “Por los portales, sobre los pisos de piedra, en largas filas tapados con sus ‘ponchos’, o en pequeños grupos alrededor del fuego, duermen los indígenas; allí cocinan sus sopas o tortillas”.<sup>62</sup>

Por esos años empezó a cobrar forma otro fenómeno de miseria urbana: la prostitución femenina, incrementada de tal manera que en 1881 el Estado liberal emitió el “Reglamento que deben observar las mujeres públicas en la ciudad de Guatemala”, donde se regulaba y permitía la prostitución a partir de los catorce años de edad.<sup>63</sup> A finales del siglo y principios del siguiente, la prostitución era un hecho común y corriente, fomentado también por la militarización que trajo consigo el régimen liberal:

Las mujeres continuaban trabajando en las calles o en lupanares ilegales operados en casas que rentaban para el propósito o en los muchos callejones angostos de la ciudad ... un grupo grande y estable persistía cerca de los cuarteles del ejército en la Avenida de la Caballería.<sup>64</sup>

El tipo de sociedad patriarcal con su relativo estancamiento que descargaba la explotación especialmente sobre los sectores campesinos, el peso de la Iglesia con su papel regulador de la sociedad, la sencillez y provincialismo en las formas de vida de la élite, todo ello había permitido hasta entonces al

<sup>58</sup> Véase, por ejemplo, *Memoria y estados*, 1879.

<sup>59</sup> Los puentes movedizos de madera son mencionados por varios autores, como, por ejemplo, Caivano hacia finales del siglo XIX; Caivano, *Guatemala, América Central*, pág. 171. Para 1926, véase L. E. Elliott, *Mittelamerika: Neues Leben auf alten Kulturen* (Leipzig: F. A. Brockhaus, 1926), pág. 62.

<sup>60</sup> Caivano, *Guatemala, América Central*, pág. 188.

<sup>61</sup> Eisen, “Un viaje por Guatemala (primera parte)”, pág. 165.

<sup>62</sup> Eisen, “Un viaje por Guatemala (primera parte)”, pág. 164.

<sup>63</sup> David McCreery, “Una vida de miseria y vergüenza: prostitución femenina en la ciudad de Guatemala, 1880-1920”, *Mesoamérica* 11 (1986): 43.

<sup>64</sup> McCreery, “Una vida de miseria y vergüenza”, pp. 44-51.

centro urbano ocultar o matizar parcialmente sus miserias. Por ello, aunque la ciudad conservaría por largo tiempo sus tradicionales rasgos provinciales de centro económico, político y comercial, en la medida en que se impuso el capitalismo dependiente se hicieron sentir también en ella las relaciones de explotación y oprobio introducidas en el campo por la economía cafetalera. Fue así como la sociedad clasista neocolonial empezó a mostrar también en la ciudad todas sus lacras en la forma de prostitución callejera, mendicidad, hacinamiento, etcétera. El directorio de 1894 menciona, por ejemplo, la formación de áreas marginales de poblamiento en las cercanías de la nueva línea del ferrocarril al nororiente, fenómeno de pobreza urbana que se observaba también en otros lugares, principalmente hacia los barrancos localizados al oriente y poniente de la ciudad.<sup>65</sup>

Los cambios operados en la ciudad reflejaban, como se dijo, lo que estaba sucediendo en el resto del país. El endeudamiento como forma de obtener mano de obra para la finca cafetalera, por ejemplo, se utilizaba en la ciudad para comprometer la producción de pequeños productores como artesanos, entre otros, así como para prostituir sectores humildes de la población.<sup>66</sup> Con las tierras comunales de los pueblos indígenas aledaños a la ciudad se dio también un proceso de expropiación, similar al que vivían las comunidades del interior. Uno de estos casos fue el de Jocotenango; al igual que otros poblados, había sido trasladado para el servicio de la ciudad en 1776; cien años después era suprimido y anexado a la capital. Con la venta de los ejidos del poblado se debía fundar un colegio, "exclusivamente destinado a la civilización de los indígenas de la república", algo que nunca se llevó a cabo.<sup>67</sup> En realidad, el objetivo era dar un paso más en el "embellecimiento" de la ciudad con la construcción de un hipódromo, un capricho del entonces dictador Justo Rufino Barrios, así como absorber tierras que más tarde, debidamente urbanizadas, se convertirían en otro lugar de residencia de la élite cafetalera en expansión, tal y como se destaca en el trabajo de Gellert.

Si bien es cierto que el "soplo de vida" de 1871 introdujo cambios de consideración, en total la semblanza de la ciudad no cambió gran cosa. Con la expropiación de los conventos religiosos y su transformación en cuarteles, edificios públicos, etcétera, se dio una secularización de la ciudad que no borró la atmósfera triste y monótona de los tiempos de Carrera. Como entonces, se

---

<sup>65</sup> *Primer directorio de la capital*, pág. 557.

<sup>66</sup> La aplicación de la usura en la ciudad de Guatemala a finales del siglo XIX la estudia muy bien Oscar Peláez en *Francisco Cordón Batres y los orígenes de la fábrica de jabones Aurora* (Guatemala: Instituto de Investigaciones Históricas, Antropológicas y Arqueológicas, Escuela de Historia, Universidad de San Carlos, 1989). En el caso de la prostitución, "de cualquier manera que una mujer entrara a trabajar a un lupanar, estaba atada a su 'matrona' por sus deudas.... De las 46 prostitutas empleadas por el lupanar 'El Iris' entre julio de 1913 y noviembre de 1915, para poner un ejemplo, no más de tres o cuatro salieron libres de deudas"; McCreery, "Una vida de miseria y vergüenza", pp. 52-53.

<sup>67</sup> José Noriega Santacruz, "Hipódromo acaba con un pueblo", *Diario El Gráfico*, 20 de octubre de 1989.

siguió caracterizando como una ciudad “chata”: “un conglomerado de techos y muros en donde se destacan los campanarios de las iglesias y conventos”.<sup>68</sup> Al igual que otros dictadores latinoamericanos de la época, Reyna Barrios había fomentado la vida cultural promoviendo actividades como el teatro y con cambios en la fisonomía de la ciudad a través de la importación de estilos europeos.<sup>69</sup> Sin embargo, los que vieron la ciudad a finales del siglo XIX no encontraron en ella “aquella vida señorial y elegante, que infunde tanta alegría y tanto movimiento a las grandes y pequeñas ciudades europeas y americanas, y de la que las industrias, el comercio y las clases obreras en general sacan a su vez tanta vida y tanto provecho”.<sup>70</sup>

El esfuerzo innovador, que perseguía hacer de Guatemala “una de las principales ciudades latinoamericanas”, se vio truncado abruptamente a finales del siglo con el asesinato de Reyna Barrios y la crisis cafetalera de esos años que trajo como resultado la implantación de la dictadura de los veintidós años de Estrada Cabrera.<sup>71</sup> Si en el intento de Reyna Barrios hubo algún refinamiento, el mismo desapareció totalmente en el período de Estrada Cabrera, quien no buscó ornamentar la ciudad al estilo de un París sino con la construcción de los famosos templos de Minerva, expresión enfermiza de las ansias de grandeza del dictador y del mal gusto de la élite. Tampoco desapareció la atmósfera gris y lúgubre de los tiempos de Carrera porque esta fue sustituida por la de las dictaduras liberales que se inician a partir de 1871, donde dos de ellas, las de Estrada Cabrera y Jorge Ubico, abarcan casi cuatro décadas; por ello no deja de ser cierto cuando se dice que Guatemala sólo llega al siglo XX con la Revolución de octubre de 1944.

Como en toda ciudad colonial, en su origen y evolución subyació siempre una tradición de planeamiento urbano, ejercido al principio por las autoridades reales y en cierta forma, en las condiciones especiales de la postemancipación, retomado por la municipalidad y el Estado guatemalteco. Como lo señala Gellert, la base para este planeamiento se aportó ya con la fundación de la ciudad que, previendo un futuro crecimiento, fue dotada con suficiente reserva de tierras, fenómeno observado por los viajeros del siglo XIX y constatado por Caplow en 1948.<sup>72</sup> Esta reserva de tierras, y una economía predominantemente agrícola afectada por décadas de estancamiento, fue la base para que la ciudad pudiera absorber sin mayor dificultad cualquier incremento poblacional, que de todos modos no fue de significación hasta mediados del presente siglo.

---

<sup>68</sup> Eisen, “Un viaje por Guatemala (primera parte)”, pág. 164.

<sup>69</sup> Caivano, *Guatemala, América Central*, pp. 183–184.

<sup>70</sup> Caivano, *Guatemala, América Central*, pág. 186.

<sup>71</sup> *Primer directorio de la capital*, pág. 553.

<sup>72</sup> “Durante mi permanencia allí, tenía la ciudad una población aproximadamente de sesenta mil habitantes, aunque con un área bastante mayor que otra ciudad de la misma población en Norteamérica”; Crosby, “Guatemala en la diplomacia de la guerra civil norteamericana”, pág. 229; y Caplow, *La ecología social de la ciudad de Guatemala*, pág. 21.

La tranquila apariencia de la ciudad se debía entonces a la presencia de una economía urbana que además de poco expansiva era controlada, al igual que las actividades agroexportadoras, por unas pocas familias, a través de un cerrado sistema de monopolios.<sup>73</sup> Según Caplow, hacia 1948 la mitad de los principales negocios minoristas de la ciudad se encontraban en manos de propietarios de la segunda, tercera y hasta cuarta generación, es decir, una economía donde la competencia de mercado no tiene mayor participación y el suelo urbano, por consiguiente, no adquiere pleno carácter de mercancía, tal y como lo había observado el italiano Tomás Caivano a finales del siglo XIX: “la poca afluencia de gente nueva y el abandono en que yace la ciudad no haciendo sentir todavía la necesidad de la economía del suelo”.<sup>74</sup>

La serie de potreros y fincas que rodearon la ciudad por mucho tiempo acentuaban su aspecto rural de pueblo grande que se reflejaba a cabalidad en el carácter provincial de su élite, pueblo grande asiento de un gobierno dictatorial que hacía sentir su peso sobre todo en las masas campesinas que llevaban la peor parte en el sistema de explotación. Empero, en la ciudad, cabeza de ese orden de explotación y miseria, el sistema debía mantenerse a toda costa porque, como ha sucedido hasta hoy, de su control dependía el dominio sobre el resto del país. De allí las pomposas Fiestas de Minerva o las de noviembre en el Hipódromo del Sur cuyo objetivo era alienar a la población con el endiosamiento del dictador, o las dádivas a los pobres en años de crisis como en los tiempos de los terremotos de fines de diciembre de 1917 a enero de 1918, hasta la represión sangrienta y la “ley fuga” después de la conspiración o del atentado contra el dictador de turno.<sup>75</sup> La ciudad ha tenido así un papel contradictorio; de baluarte de la dictadura se ha convertido al final en su talón de Aquiles, pues siempre llegó el momento en que se colmó la paciencia del pueblo y la ciudad se reivindicó con el levantamiento popular que arrojó del poder a la oprobiosa dictadura, como sucedió en 1920 y en 1944.

Para los ojos del visitante, la impresión de la ciudad se reducía a un centro relativamente conservado y con los mejores servicios por tratarse del lugar de residencia del gobierno y la élite; las miserias y contradicciones de la ciudad pasaban así fácilmente desapercibidas, pues la población trabajadora se encontraba sumida en la cotidianidad de la vida urbana y hacinada en las áreas de la periferia. Sin embargo, en tiempos de crisis, como en los años de 1917-1918 cuando coincidió una caída de precios del café con los terremotos de entonces, ese lado de la ciudad se mostraba con toda su crudeza.

---

<sup>73</sup> Paul J. Dosal, “The Political Economy of Guatemalan Industrialization, 1871-1948: The Career of Carlos P. Novella”, *Hispanic American Historical Review* 68 (1988): 321-358.

<sup>74</sup> Caplow, *La ecología social de la ciudad de Guatemala*, pág. 43; y Caivano, *Guatemala, América Central*, pág. 160.

<sup>75</sup> Angel B. Coronado y Pacheco, *La ruina de Guatemala capital de la República de Guatemala, América Central, acaecida durante la noche del 25 de diciembre de 1917, siendo presidente de la república el ilustre quezalteco, benemérito de la patria, licenciado don Manuel Estrada Cabrera* (Guatemala: Tipografía Sanchez & de Guise. 1918).

De los catorce campamentos que se levantaron a raíz de los terremotos, en por lo menos diez de ellos predominaba población de bajos recursos.<sup>76</sup> El del potrero de la Corona, localizado al final de la décima avenida norte, se componía, por ejemplo, de

todos los vecinos de los miserables zaquizamís y casas cercanas, que con lo que pudieron extraer de entre las ruinas, armaron sus barracas ... cuadros de miseria de aquellos obreros que no pudiendo guardar ningún ahorro, porque lo que ganan, apenas les permite comer mal y vestirse peor.<sup>77</sup>

Campamentos similares se mencionan para otros lugares; en el Cerro del Carmen con vecinos de los barrios de la Parroquia, la Candelaria y otros; al oriente el de Gerona, con población de los barrios de la Estación, la Aduana y otros más; al occidente el de Palomo que albergó a “todos los vecinos de los populosos barrios contiguos”, sección de la ciudad en que también se levantó otro campamento, a lo largo de la Avenida del Cementerio.<sup>78</sup> En contraposición a estos campamentos destacan el de Isabel la Católica, en la actual zona 2, lugar donde “dormían en sus toldos los vecinos, habitantes de las hermosas casas de la plazuela”.<sup>79</sup> También el campamento del Sauce que levantó la colonia alemana,

sin duda el campamento mejor emplazado, más higiénico y de mayor confort. Las casitas alemanas bajo el bosque, tienen el sello de limpieza característico en todas las viviendas teutonas; maravillosamente colocadas.<sup>80</sup>

Otra de las deformaciones en la historia de la ciudad es que siempre se trató de un centro urbano limpio; esto, ayer como hoy, tampoco es cierto. Como se señaló, debido a la falta de una red apropiada de servicios públicos, la ciudad enfrentó constantemente serios problemas de higiene y salubridad; así se destaca para las primeras décadas del siglo XIX, y pudo comprobarlo más tarde Caivano cuando la ciudad había crecido y en su seno se desarrollaban las primeras actividades industriales, sin haberse superado sus limitaciones infraestructurales.<sup>81</sup> Si por un lado, por ejemplo, se construía el pomposo

<sup>76</sup> Coronado y Pacheco, *La ruina de Guatemala*.

<sup>77</sup> Coronado y Pacheco, *La ruina de Guatemala*, pp. 14-15.

<sup>78</sup> Coronado y Pacheco, *La ruina de Guatemala*, pág. 20.

<sup>79</sup> Coronado y Pacheco, *La ruina de Guatemala*, pág. 16.

<sup>80</sup> Coronado y Pacheco, *La ruina de Guatemala*, pág. 30.

<sup>81</sup> Para las primeras décadas del siglo XIX, véase Langenberg, *Urbanisation und Bevölkerungsstruktur*. Un informe del 16 de noviembre de 1888, de la Dirección General de la Policía, señalaba el problema de la infraestructura: “de la casa donde está la cervecería Centroamericana, en la 7ª avenida sur, sale un desagüe a la superficie de la calle, y aunque se ha prevenido al propietario don Enrique Castillo que lo haga subterráneo hasta el presente continúa en el mismo estado, siendo urgente dicha compostura porque los caldos fermentados son perjudiciales a la salubridad pública”; Enrique Gordillo Castillo, *Historia del proceso de industrialización en Guatemala, 1871-1900* (Guatemala: Instituto de Investigaciones Históricas, Antropológicas y Arqueológicas, Escuela de Historia, Universidad de San Carlos, 1989), pp. 35-36.

paseo de la Reforma, por el otro el Estado era incapaz de tomar medidas mínimas para la salubridad de la ciudad.<sup>82</sup> El saneamiento urbano y la eliminación de basuras, por naturaleza servicios públicos, el Estado los dejó desde el principio en manos del vecindario, donde los más afectados tenían que ser los sectores de bajos recursos de las áreas periféricas, pues la zona central, por los motivos señalados, fue siempre privilegiada con una mejor infraestructura de servicios.<sup>83</sup>

Las particularidades de la evolución de la ciudad de Guatemala hasta mediados del presente siglo ha dado lugar a deformaciones y a más de una idealización, a la añoranza de un centro urbano otrora “tranquilo”, “ordenado” y “limpio”, la famosa “tacita de plata”, visión propagada por los apologistas del sistema y por la ausencia de investigación histórica en el campo urbano.

Como el de Reyna Barrios, el período de Jorge Ubico constituye uno de esos momentos de añoranza en el que la ciudad habría sido algo mejor de lo que es hoy. Los apologistas de la ciudad resaltan principalmente la “tranquilidad”, el “orden” que reinó entonces; y esto es cierto, pues el dictador dominó con mano de hierro, sobre todo para poder enfrentar las consecuencias sociales de la crisis económica que vivió Guatemala a partir de 1929.

Después de aplastar un supuesto “complot comunista” en 1932 y una conspiración que sí fue real en 1934, Ubico implantó una férrea dictadura con el apoyo del gobierno norteamericano, aplicando “ley fuga” y persecución contra el sector laboral y contra todo aquel que se opusiera a su régimen.<sup>84</sup> Uno de

<sup>82</sup> “Un parque, o sea un simple lugar de recreo para paseo, que mide casi cuatro kilómetros cuadrados, con lagos artificiales, grutas, estatuas, kioskos, ... para una pequeña ciudad de 71,252 almas, que no tiene desagües, ni la esperanza de tenerlos en una época más o menos cercana ... que bebe agua amarilla y fangosa de la que no tiene ni siquiera la cantidad suficiente”; Caivano, *Guatemala, América Central*, pp. 309-310.

<sup>83</sup> “Así como no hay y no tuvo nunca la ciudad ni el más mezquino servicio de limpieza pública, para la extracción de las inmundicias diarias de las casas.... Las pocas casas ricas, o medianamente tales, tienen la costumbre de hacer extraer cada diez o doce días los detritus diarios acumulados en el corral, o sea toda vez que hay lo suficiente para llenar un carro”; Caivano, *Guatemala, América Central*, pp. 139-140. Sobre esta problemática, véase también Langenberg, *Urbanisation und Bevölkerungsstruktur*. “Se comprueba claramente en el caso del variado desarrollo de la red vial y de drenajes, y además se evidencia en los campos de abastecimiento de agua y de la instrucción pública, en los cuales se desatendía casi por completo a los vecinos de los barrios marginales del noroeste.... En un informe del año 1822, una comisión de funcionarios indicaba que las calles más cercanas a la plaza mayor estaban bien pavimentadas y las más lejanas, al menos niveladas, pero que las de la periferia eran casi intransitables, convirtiéndose estas últimas en época de lluvias en cloacas pestilentes e insalubres”; Langenberg, *La estructura urbana y el cambio social*, pág. 226.

<sup>84</sup> Piero Gleijeses, “La aldea de Ubico: Guatemala, 1931-1944”, *Mesoamérica* 17 (1989): 39. “Así, durante su mandato, Ubico demostró que merecía el respaldo de los norteamericanos y éstos, a su vez, no fueron desagradecidos. Los funcionarios norteamericanos habían aplaudido el ascenso de Ubico a la presidencia en 1931, elogiándolo en términos extravagantes como el hombre que mejor podía mantener la estabilidad pro-estadounidense en Guatemala durante la recesión mundial. El beneplácito de EE.UU. fue firme y constante hasta los últimos meses del gobierno del dictador”; Gleijeses, “La aldea de Ubico: Guatemala 1931-1944” n.º 47: v Rafael Arévalo Martínez. *Ubico* (Guatemala: Tipografía

los mitos en torno a Ubico, es que a través de “austeridad” y “honradez” logró sanear la economía del país. Sin embargo, lo que en realidad hizo fue imponer sueldos de hambre a los trabajadores y reducir los de la clase media vinculada a la burocracia; detrás de la mascarada de la austeridad se encontraba en realidad un gobernante corrupto que, como hoy, sólo utilizó el poder para enriquecerse:

Tampoco era inmune a la corrupción. Un informe de EE.UU. de 1944 señalaba que después de que Ubico entró en funciones, “se convirtió en el terrateniente más grande de Guatemala, a pesar de su muy divulgada campaña de honestidad en el gobierno”. Compró “muchas propiedades a un precio fijado por él mismo”. También se aseguró de que su salario y regalías fueran incrementadas generosamente, mientras que él reducía los salarios de los burócratas y, en 1940, aceptó con muestras de agradecimiento un regalo de \$200,000 quetzales que le hacía un Congreso servil.<sup>85</sup>

Ubico, como sus antecesores, fue también el típico dictador racista con enfermizas ansias de grandeza; alteró el censo de población de 1940, por ejemplo, aumentando la cifra de habitantes en un millón y redujo “la proporción de indígenas de más de dos tercios del total a la mitad”;<sup>86</sup> todo ello con el fin de presentarse como el gobernante de un país grande de población europeizada.

Durante el gobierno de Ubico la ciudad conoció un período de construcción y renovación de edificios, necesario después de la destrucción que dejaron como cauda los terremotos de fines de diciembre de 1917 a enero de 1918 y que no se había podido emprender debido a la inestabilidad y frecuentes crisis que vivió el país en los años veinte.<sup>87</sup> Esto se hizo poniendo en práctica una antigua modalidad —como sucedió, por ejemplo, durante el período de Reyna Barrios— de utilizar trabajo forzoso de presidiarios y de sectores humildes aplicando la famosa Ley de Vagancia.<sup>88</sup> La reconstrucción se llevó a cabo utilizando también otra vieja tradición de favorecer a poderosos grupos económicos vinculados con el Estado, como fue principalmente el caso de la empresa Cementos Novella.<sup>89</sup> En esa forma, se construyeron edificios como el Palacio Nacional, el del congreso de la república y otros; con lo que la ciudad adquirió cierta uniformidad y elegancia, completada con el inicio de un sistema de alcantarillado que tomaría en sus manos el gobierno revolucionario de 1944.

Así surgió definitivamente el mito de la “tacita de plata”, la cual de todos modos no dejaba de ocultar las viejas miserias de la ciudad:

---

Nacional, 1984), pág. 147 y ss.

<sup>85</sup> Gleijeses, “La aldea de Ubico”, pág. 41.

<sup>86</sup> Gleijeses, “La aldea de Ubico”, pág. 32, nota 17.

<sup>87</sup> Helmer Key. *Kaffee, Zucker und Bananen, eine Reise nach Cuba und Guatemala* (München: Drei Masken Verlag, 1929), pág. 172 y ss.

<sup>88</sup> Caivano, *Guatemala, América Central*, pág. 267.

<sup>89</sup> Dosal, “The Political Economy of Guatemalan Industrialization”, pág. 342 y ss.

Al norte, oriente y poniente están localizados en la periferia los segmentos más pobres y menos prósperos de la población. Además existe sólo un área de viviendas marcadamente pobres en un radio de dos kilómetros del centro comercial. Muchos extranjeros y algunos residentes de clase alta, no se dan cuenta de la existencia de áreas realmente empobrecidas y deterioradas en la ciudad, por lo aisladas que están por completo de las principales corrientes de tráfico urbano.<sup>90</sup>

Con las transformaciones que introdujo la Revolución de octubre de 1944 empezó a cambiar la fisonomía del país y su capital. En la parte central de la ciudad proliferaron actividades comerciales y oficinas del sector público y privado que afectaron su tradicional privacidad como lugar de residencia de la élite:

Producto de este proceso, fue el abandono definitivo del centro por la clase alta y la invasión de esta zona por estratos más bajos, con todas sus consecuencias en forma de cambios funcionales y estructurales, el apareamiento de un cinturón de asentamientos informales alrededor del sector céntrico, y una expansión enorme de los barrios de clase media.<sup>91</sup>

En las actuales zonas 10, 13, 14, 15 y otras lo suficientemente apartadas de los sectores pobres de la ciudad y con las ventajas señaladas, encontraría la élite guatemalteca un lugar que le permitiría de nuevo el enclaustramiento residencial.

Aunque la base para los cambios la había aportado el movimiento revolucionario de 1944, éstos sólo se empezaron a sentir con toda su fuerza quince o veinte años después con la diversificación del sector agroexportador y el establecimiento de actividades de carácter industrial y de servicios en el área metropolitana, todo ello como producto de transformaciones estructurales al interior del país, una situación favorable en el mercado internacional y la creación del Mercado Común Centroamericano.<sup>92</sup> El incremento de las actividades económicas y la consiguiente afluencia migratoria cambiaron radicalmente el patrón urbano de la ciudad.

En 1940 la ciudad contaba con 186,000 habitantes; diez años después eran ya 284,276 y en 1973 la cantidad había aumentado a 700,554, de los cuales para todo el período 305,557 fueron considerados como migrantes, treinta años atrás un fenómeno de poco peso en la historia de la ciudad.<sup>93</sup> Producto de todo ello, la ciudad rompió sus viejos límites; en la periferia se formaron cordones industriales, principalmente al sur sobre la avenida Amatitlán y al noroccidente, a lo largo de las rutas hacia Chimaltenango y Quezaltenango.

---

<sup>90</sup> Caplow, *La ecología social de la ciudad de Guatemala*, pág. 39.

<sup>91</sup> Gellert, *Desarrollo de la estructura espacial de la ciudad de Guatemala*.

<sup>92</sup> CEUR, *El Mezquitil: origen, situación actual, ¿perspectivas?* (Guatemala: CEUR, Universidad de San Carlos de Guatemala, 1988).

<sup>93</sup> Dirección General de Estadística, *Censos VII y VIII de población de los años 1964 y 1972* 2 tomos (Guatemala: Dirección General de Estadística), II: 200 y 77, respectivamente.

Como sucede en los procesos de crecimiento económico capitalista, riqueza y pobreza fueron también en este caso las dos caras de la medalla; a la par de lujosas zonas residenciales proliferaron sobre todo colonias habitadas por población de escasos recursos, la base laboral del sistema. En esta forma, con el creciente contraste en las condiciones de habitabilidad de los sectores laborales y los de la élite dominante, desigualdades y viejas distorsiones de la estructura socioeconómica guatemalteca, se profundizaron al interior de la ciudad, tal y como había sucedido a finales del siglo anterior cuando la agroexportación cafetalera empezó a sacar a la superficie las peores lacras de la ciudad: hacinamiento de sectores pobres, prostitución callejera, mendicidad, y otros males sociales.

#### *A manera de conclusión*

De los años de la añorada "tacita de plata" hacia acá, con otras dimensiones, Guatemala es la misma ciudad clasista que en medio de la peor crisis del sistema agroexportador sacó a la superficie todas sus contradicciones de miseria y discriminación social. La exacerbación de las contradicciones del sistema ha ido a la par de una desestabilización en las tradicionales formas de dominación, lo que ha tenido como consecuencia intolerancia y persecución política; la "ley fuga" de los años treinta se ha convertido hoy en la masacre en masa, en el execrable secuestro con su cauda de tortura y muerte; es decir, el país y la ciudad continúan siendo escenario de dictaduras al estilo de un Estrada Cabrera y de un Jorge Ubico, "nulos, sangrientos y fecales", como los catalogara el escritor guatemalteco Luis Cardoza y Aragón.<sup>94</sup> En otras palabras, sólo cuando los sistemas dictatoriales dejen de ser la suerte cotidiana del guatemalteco, nuestro país y su capital podrán ser algo diferente; y esto será posible si se rompe definitivamente con el pasado, lo que permitirá construir una ciudad menos injusta, con una distribución más equitativa de sus servicios.

A lo largo del trabajo hemos hecho referencia a particularidades y contradicciones en el devenir de la ciudad como reflejo del sistema socioeconómico imperante en el país. La persistente tradición de deservicio público, las tendencias unilaterales de desarrollo urbano que han beneficiado a los grupos pudientes y no al conjunto de la población, entre otras, las hemos entendido como consecuencia del atraso general y polarizaciones de la sociedad guatemalteca, lo que tiene como resultado la profunda segregación socioespacial que impera hoy en la ciudad y que cobra forma en el lujo insultante de una Cañada en la zona 14 y un Mezquital sumido en la miseria sin el mínimo de condiciones de habitabilidad en la zona 12.

Por ello, si se quiere orientar el crecimiento de la ciudad con el fin de corregir sus extremas desigualdades, se debe empezar por introducir cambios

---

<sup>94</sup> Luis Cardoza y Aragón, *Guatemala, las líneas de su mano* (La Habana: Casa de las Américas, 1968), pág. 362.

en el sistema sociopolítico que permitan al Estado y sus instituciones cumplir con el papel que les corresponde de gestores del bien público. Como sabemos, hasta hoy esto no ha sido así; la legislación vigente, las instituciones encargadas de regular el proceso urbano, el gobierno central y la municipalidad, con raras excepciones siempre han estado al servicio de intereses particulares y para llenar ambiciones de políticos de ocasión, lo que ha repercutido en corrupción e incapacidad administrativa.

Una de las tradicionales limitaciones del sector público guatemalteco lo constituye, por ejemplo, su deficiente y anacrónico sistema tributario. En 1863, Pío Casal se refería ya a que “uno de los elementos vitales del progreso, es el repartimiento equitativo de las contribuciones”, pero que en Guatemala la minoría dominante, “en nada o en muy poco ... contribuía al sostenimiento del Estado”.<sup>95</sup> Esta situación no ha cambiado mayor cosa; actualmente, el 80 por ciento de las entradas fiscales provienen de los llamados impuestos indirectos que recaen sobre todo en los sectores de bajos ingresos, mientras que el grupo pudiente contribuye con sólo el 20 por ciento a través de impuestos directos. El deficiente sistema fiscal se evidencia también si se toma en cuenta que Guatemala, con un 6.9 por ciento frente a Costa Rica (11.6 por ciento), continuaba siendo en 1982 el país con la más baja carga tributaria de Centroamérica.<sup>96</sup>

En el caso de la ciudad, ésta ha sido siempre centro de enriquecimiento de unos pocos y de explotación y miseria de la mayoría, desigualdades que también se deben al anacrónico sistema impositivo; el mediano y gran comercio, por ejemplo, no tributa o lo hace en escala mínima; tampoco existe un impuesto a la actividad industrial.<sup>97</sup> Al final de cuentas, la carga tributaria de la ciudad la pagan sobre todo los sectores pobres y los vendedores ambulantes, entre otros. En 1871 el principal arbitrio municipal lo constituía el alquiler de los cajones del mercado con 6,163 pesos;<sup>98</sup> cien años después, en 1972, el piso de plaza con una recaudación de 1,141,300 quetzales seguía siendo la principal entrada municipal, situación que se mantenía igual para 1989 con 5,177,927 quetzales, donde el impuesto inmobiliario ocupaba un segundo lugar

---

<sup>95</sup> “Lo que no puede menos de extrañarse es que la valiosa propiedad rural, que produce un valor inmediatamente superior al del comercio de importación y la no menos valiosa propiedad urbana, en nada o en muy poco, contribuyan al sostenimiento del Estado, siendo ellas quienes mayor beneficio reportan de la protección que él dispensa”; ambas citas provienen de Pío Casal (Enrique Palacios), *Reseña de la situación general de Guatemala, 1863* (Guatemala: Academia de Geografía e Historia, 1981), pág. 67.

<sup>96</sup> “La crisis en Centroamérica: orígenes, alcances y consecuencias”, *Revista de la CEPAL* 22 (1984): 59.

<sup>97</sup> Dieter Oberndörfer, editor, *Kommunalverwaltung in Mittelamerika: Eine Studie Über die Hauptstädte Guatemalas und El Salvador* (Mainz: v. Hase & Koehler Verlag, 1977), pp. 87-88.

<sup>98</sup> *Memoria y estados con que dio cuenta a la municipalidad, su secretario don Manuel José Beteta en la primera sesión del mes de enero de 1871*, pág. 4.

con 4,738,792 quetzales.<sup>99</sup>

Si nos extendimos en las consideraciones anteriores, fue con el propósito de presentar una visión global de la ciudad a través del trasfondo de la historia del país, y porque sabemos que en Guatemala aún no existen trabajos sobre historia general, mucho menos sobre su evolución urbana. Tal vez se nos critique de haber sido poco “positivos”, de resaltar solamente el lado desagradable en la historia de la ciudad, de ser injustos con la ciudad “antañona” por cuyas calles apacibles se pasearon nuestros abuelos con sombrero de copa y el bastón bajo el brazo. Indudablemente existió esa ciudad, la de los acomodados con suficiente tiempo libre, quienes al caer la tarde se reunían en cualquiera de los clubes exclusivos —El Americano, El Alemán o el de Guatemala— para comentar el acontecimiento o chisme del día. Esta ciudad y sus formas de vida las conocemos sobradamente a través de las guías, directorios y otras fuentes de los gobiernos de la época, y de los escritos de aquellos que se ocupan con la ciudad “antañona”, la de los “años dorados”. Es también la ciudad que nos sigue presentando la élite de hoy, con el afán de que esa sea la ciudad de todos los guatemaltecos.

Empero, al lado de esa ciudad con su centro relativamente conservado y sus paseos como La Reforma —cartas de presentación de la urbe— existía la otra, cuya historia quisimos esbozar: la ciudad que era abastecida, como hoy, por indígenas que prácticamente tenían que regalar sus productos, la de los pobres urbanos que con su trabajo aseguraban la existencia de la ciudad, pero que se les negaba, al igual que hoy, el derecho a una vida decorosa. Para esta población, Guatemala también era y es su ciudad, donde trataron de sobrevivir, fundaron sus familias y buscaron educar a sus hijos, donde también tuvieron sus momentos de alegría al crear sus propias formas de diversión para atenuar una vida de opresión y miseria. Para ellos no existió entonces la ciudad de los “años dorados”, con el paseo reconfortante a lo largo de la sexta avenida y es lógico que quieran otra ciudad, no con el lujo de la zona residencial de la élite, sino una ciudad que les dé algo más que el mínimo para la supervivencia, a lo que les da derecho también su diario trabajo. Es decir, una ciudad más equitativa en la distribución de sus riquezas y con más democracia en su vida cotidiana.

---

<sup>99</sup> Para la cifra de 1972, véase Oberndörfer, editor, *Kommunalverwaltung in Mittelamerika*, pág. 93; y para la de 1989, la información se obtuvo en el departamento financiero de la municipalidad de Guatemala, 1990.